

uno de los principales pecados que hubo en Sódoma (a), por donde esta miserable ciudad llegó al extremo de la perdición. Por tanto conviene que el sano reciba el manjar, así como el enfermo la medicina: conviene saber, no para deleitarse en él, sino para socorrer á su necesidad. Y aquel del todo vence este vicio, que no solamente en la cantidad del manjar pone la medida que debe, sino también desprecia los delicados y sabrosos manjares; si no es cuando la enfermedad ó la caridad lo pide.

La vana alegría dice: ¿Por qué escondes dentro de tí el gozo de tu corazón? Publica á todos tu alegría, y di en presencia de tus compañeros alguna cosa con que huelguen y rian. La templada tristeza responde: ¿De dónde, ó de qué tienes tanta alegría? ¿Por ventura tienes ya vencido al diablo; ó has acabado ya el tiempo de tu destierro, y llegado á la patria? ¿Por ventura no te acuerdas de lo que dice el Señor (b): El mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; mas vuestra tristeza se volverá en alegría? Por tanto refrena ese vano regocijo; porque aun no has escapado de todos los males deste tan peligroso golfo.

La parlería dice: No es pecado hablar mucho, si se habla bien: así como no deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. El discreto callar responde: Verdad es lo que dices; pero muchas mas veces queriendo el hombre hablar muchas cosas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, acaba mal. Por lo cual dijo el Sabio (c), que en el mucho hablar no podía faltar pecado. Y si por ventura en la larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás quizá huir de las ociosas, de que has de dar cuenta en el día del juicio (d). Conviene pues tener

(a) Ezech. 16 (b) Ioann. 10. (c) Prov. 10. (d) Matth. 12.

medida en el hablar, aunque las palabras sean buenas; porque no vengan á parar en malas.

La lujuria dice: ¿Por qué agora no gozas de tus deleites y placeres, pues no sabes lo que te está guardado? No es razón que pierdas este buen tiempo; porque no sabes cuán presto se pasará. Porque si Dios no quisiera que holgaran los hombres con estos deleites, no criara al principio hombres y mujeres.

La castidad responde: No quiero que disimules, ó finjas que no sabes lo que te está guardado despues desta vida. Porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegría sin fin; y si deshonestamente, serás llevado á los tormentos eternos. Y cuanto mas sientes que pasa ligeramente el tiempo, tanto mas te conviene vivir castamente; porque muy miserable es la hora del deleite, en la cual se pierde vida que dura para siempre.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para proveerlos de armas espirituales, que para esta pelea son necesarias: con las cuales podremos alcanzar la primera parte de la virtud, que es carecer de vicios, y defender esta estancia en que Dios nos puso (en la cual él mora), para que no sea ocupada del enemigo. Porque guardada fielmente la posada, sin duda tendremos aquel celestial huésped en ella; pues, como dice Sant Joan (e), Dios es caridad, y quien está en caridad, en Dios está, y Dios en él: y aquel está en caridad, que ninguna cosa hace contra ella; y no hay cosa que sea contra ella sino solo el pecado mortal; contra el cual sirve todo lo que hasta aquí habemos dicho.

(e) 1. Ioann. 4.

SEGUNDA PARTE DESTE SEGUNDO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

CAPITULO XIV.

De tres maneras de virtudes en las cuales se comprehende la suma de toda justicia.

Dicho ya en la primera parte deste libro de los vicios con que se afean y escurecen las ánimas, digamos agora de las virtudes que las adornan y hermosean con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque á esta justicia pertenesce dar á cada uno lo que se le debe, así á Dios, como al prójimo, como á sí mismo; así hay tres maneras de virtudes de que se compone: unas que principalmente sirven para cumplir con lo que el hombre debe á Dios, y otras con lo que debe á su prójimo, y otras con lo que debe á sí mismo. Y esto hecho, no resta mas para cumplir toda virtud y justicia; que es para ser un hombre verdaderamente justo y virtuoso: que es lo que aquí pretendemos hacer.

Y si quieres saber en muy pocas palabras, y por unas muy breves comparaciones cómo esto se pueda hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas: conviene saber, para con Dios corazón de hijo, y para con el

prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Estas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta puso la suma de todo nuestro bien, cuando dijo (a): Enseñarte he; oh hombre! en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de tí. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe hacer para con él. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, dellas trataremos agora mas copiosamente; porque en el Memorial de la Vida Cristiana (b) no hecimos mas que pasar por ellas brevemente, reservando su declaración para este lugar.

CAPITULO XV.

De lo que debe el hombre hacer para consigo mismo.

Porque la caridad bien ordenada comienza de sí mismo; comencemos por donde el Profeta comenzó; que es

(a) Mich. 6. (b) 1. Part. tract. 4. c. 3.

por el hacer juicio, que pertenesce al espíritu y corazón de juez; el cual debe el hombre tener para consigo. Pues al oficio del buen juez pertenesce tener bien ordenada y reformada su república. Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias), todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas virtuosamente en la forma que aquí declararemos, y desta manera habrá el hombre cumplido con lo que debe á sí mismo.

§. I.

De la reformation del cuerpo.

Pues para reformation del cuerpo (a) sirve primeramente la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice Sant Augustin en su regla: Que en el andar, y en el estar, y en el vestido ninguna cosa se haga que escandalice, y ofenda los ojos de nadie; sino lo que convenga á la sanctidad de nuestra profesion. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. El Apóstol quiere que seamos como una especie aromática (b), la cual comunica luego su olor á quien quiera que la toca; y así le quedan oliendo las manos como á ella; porque tales han de ser las palabras, las obras, la composición y conversacion de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos queden edificados, y como sanctificados con su ejemplo y conversacion. Y este es uno de los principales frutos que se siguen desta modestia y composición, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes convidamos á los hombres á glorificar á Dios, y amar la virtud: segun que nos lo encomienda el Salvador, cuando dice (c): Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Conforme á lo cual dice Isaías (d), que el siervo de Dios ha de ser como un árbol, ó una planta hermosísima que Dios plantó; para que quien quiera que la viere, glorifique á Dios por ella. Mas no se entienda que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas; antes, como dice Sant Gregorio (e), de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intencion esté en secreto; para que con la buena obra demos á los prójimos ejemplo, y con la intencion de agradar á solo Dios siempre deseemos el secreto.

El segundo fruto que se sigue desta composición del hombre exterior, es la guarda del interior, y la conservación de la devocion. Porque es tan grande la union y la liga que hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro, y al reves: por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego (no sé cómo) el espíritu también se descompone é inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro; porque así como todo lo que vos haceis, hace el espejo que teneis delante, así todo lo que pasa en cualquier destos dos hombres, luego se representa en el otro.

(a) Vide Casia. lib. 5. cap. 12. (b) 2. Cor. 2. (c) Matth. 5. (d) Isai. 61. (e) 20. Mor. c. 19. explicans illud: Oculus fui caeco, et post caecum.

Por donde la composición y modestia de fuera ayuda mucho á la de dentro; y gran maravilla sería hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dice el Ecclesiástico (f) que el que tenia los pies lijeros, caería: dando á entender que los que carecen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muchas veces han de tropezar y caer en muchos defectos: como suelen caer los que traen los pies muy lijeros cuando andan.

La tercera cosa para que sirve esta virtud, es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenesce á su persona y oficio, si es persona constituida en dignidad: como la conservaba el sancto Job (g), el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontecimientos caía en tierra, y en otra dice (h) que era tanta su autoridad, que cuando le veian los mozos se escondian, y los viejos se levantaban á él, y los príncipes dejaban de hablar, y ponian el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenian. La cual autoridad (porque estuviese muy lejos de toda repunta de soberbia) acompañaba el sancto varon con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mesmo de sí, que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo comun de todos los miserables.

Donde notarás que la falta desta medida y composición no es tanto reprehendida de los sabios por grande culpa, quanto por nota de liviandad; porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual dice el Ecclesiástico (i) que la vestidura del hombre, y la manera del reir y del andar dan testimonio dél. Lo cual confirma Salomon en sus Proverbios, diciendo (k): Así como en el agua clara se parece el rostro del que la mira, así los sabios conocen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Estos son los provechos que trae consigo esta composición susodicha: que son muy grandes. Por lo cual no me parece bien la demasiada desenvoltura de algunos, que con achaque de que no digan que son hipócritas, rien, y parlan, y se sueltan á muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien Sant Joan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razón carecer del fruto desta virtud por respectos del mundo; porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningun respecto del mundo.

Esto es lo que generalmente pertenesce á la composición del hombre exterior en todo lugar y tiempo. Mas porque esto se requiere muy mas particularmente en los convites y en la mesa; cómo esta se haya de guardar, declararemos en el párrafo siguiente.

§. II.

De la virtud de la abstinencia.

Prosiguiendo lo que pertenesce á la reformation del cuerpo, lo que principalmente para esto sirve, es tratarlo con rigor y aspereza, no con regalos ni blandura; porque así como la carne muerta se conserva con la mirra, que es amarguísima (sin la cual luego se daña é hinche

(f) Prov. 19. (g) Job 29. (h) Ibidem. (i) Eccl. 19. (k) Prov. 27.